



unánimes

Estudios bíblicos

L: Los atributos de Dios

13.- La soberanía de Dios

10/05/13

Para comentarios y dudas: www.unanimes.org/foro/



unanimos

Estudios Bíblicos

L.13.- La soberanía de Dios

1. Introducción

Virtualmente, todos los cristianos dan por lo menos un consentimiento oral a tema de la soberanía de Dios. Existen muchos textos bíblicos que nos enseñan esta verdad como para negarla:

Salmos 103:19

Jehová estableció en los cielos su trono, y su reino domina sobre todos.

Salmos 115:3

Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho.

Salmos 135:5-6

Porque yo sé que Jehová es grande, y el Señor nuestro, mayor que todos los dioses. Todo lo que Jehová quiere, lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos.

2. Definición

El significado de la soberanía, puede resumirse así: Ser soberano es poseer un poder y una autoridad supremas de manera que se está en completo control y puede hacer lo que se quiera.

En algunos libros que tratan de los atributos de Dios, podemos encontrar un número similar de definiciones de la soberanía:

- a. Los diccionarios nos dicen que *soberanía* significa lo principal o lo más alto, supremo en poder, superior en posición, independiente e ilimitado. Aún más, Su soberanía requiere que Él sea absolutamente libre, lo que simplemente significa que Él debe ser libre para hacer lo que quiera, en cualquier lugar y en cualquier tiempo, para el desarrollo de Su propósito eterno en cada ínfimo detalle sin ninguna interferencia. Si Él fuera menos que libre, Él sería menos que soberano.
- b. Tomando la idea de una libertad no calificada, ésta requiere un esfuerzo vigoroso de la mente. No estamos psicológicamente en condiciones de comprender la libertad, excepto en una forma imperfecta. El concepto que tenemos de ella, ha sido formado en un mundo donde no existe la libertad absoluta. Aquí, cada uno de los objetos naturales es dependiente de muchos otros y esa dependencia limita su libertad.
- c. Se dice que Dios es absolutamente libre porque nadie ni nada puede ser un obstáculo para Él u obligarlo a hacer algo, o a detenerlo. Él es capaz de hacer lo que le plazca siempre, en cualquier lugar y para siempre. Ser así de libre, también significa que Él

debe tener una autoridad universal. Por las Escrituras sabemos que Él tiene un poder ilimitado y podemos deducirlo de otros de Sus atributos, la omnipotencia.

- d. Sujeto a nada, sin influencias de nadie, absolutamente independiente; Dios hace lo que le place, sólo de la manera en que Él desea y siempre como Él quiere. Nadie puede contrariarlo u obstaculizarlo. De manera que Su propia Palabra lo declara expresamente:

Isaías 46:10

Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero...

Daniel 4:35

...y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano...

- e. La soberanía divina significa que Dios es un Dios de hecho, al igual que en Su nombre, Él está en el Trono del universo, dirigiendo todas las cosas, obrando en todas las cosas:

Efesios 1:11

...según el designio de su voluntad...

- f. La supremacía de Dios en las obras de Sus manos, se representa vívidamente en las Escrituras. Los asuntos inanimados, las criaturas irracionales, todo se desarrolla al mandato del Hacedor. A Su placer, el Mar Rojo se dividió y sus lados se levantaron como paredes; y la tierra abrió su boca y cayeron dentro rebeldes culpables. Cuando Él lo ordenó, el sol se detuvo (Josué 10); y en otra ocasión hizo regresar la sombra diez grados en el reloj de Acáz. Para ejemplificar Su supremacía, Él hizo que los cuervos le llevaran alimento a Elías (1 Reyes 17), hierro que flotó sobre las aguas (2 Reyes 6:5); leones que no abrieron sus fauces cuando Daniel fue echado en el foso; fuego que no quemaba cuando los tres hebreos fueron arrojados a las llamas. Es así que:

Salmos 135:6

Todo lo que Jehová quiere, lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos...

3. El mundo y la soberanía de Dios

En un mundo mal dispuesto a reconocer la existencia de Dios, no debiéramos esperar que los incrédulos abracen la doctrina de la soberanía de Dios. El ‘dios’ del siglo veintiuno no se parece más a la Soberanía Suprema de las Sagradas Escrituras que la llama desfalleciente de una vela, frente al sol del mediodía.

El ‘dios’ del cual se habla en estos días en la mayoría de nuestros púlpitos, del que se habla en las Escuelas Dominicales, del que se menciona en la mayoría de la literatura de este tiempo y del que se predica en la mayoría de las llamadas Conferencias Bíblicas, es una invención de la imaginación humana, una invención de un sentimentalismo excesivo. Un

‘dios’ cuya voluntad es resistida, cuyos designios son frustrados, cuyo propósito es puesto en jaque y que no posee un título de Deidad y está puesto lejos de ser el objeto apropiado de adoración, no se le otorgan méritos sino sólo desacatos.

4. La soberanía de Dios en la iglesia

En la iglesia, podríamos esperar que el cristiano abrace la doctrina de la soberanía de Dios, tanto por ser una doctrina bíblica como una verdad. Esto puede observarse en teoría; pero no en la práctica. Nuestros problemas con la soberanía de Dios, a menudo llegan cuando ‘la rueda se encuentra con el pavimento’. Entonces decimos:

“Dios es verdadera y perfectamente soberano. Esto significa que Él es lo más alto y lo más grande que existe. Él controla todo, Su voluntad es absoluta y hace todo lo que desea. Cuando oímos estas afirmaciones, las podemos comprender razonablemente bien y por lo general las podemos manejar hasta que Dios permite que nos suceda algo que no nos gusta. Entonces nuestra reacción normal es resistir la doctrina de Su soberanía. Más que encontrar consuelo en ello, nos enojamos con Dios. Si Él puede hacer todo lo que desea, ¿por qué permite que suframos?”

Nuestro problema es una incomprensión de la doctrina y un conocimiento inadecuado de Dios. Es de vital importancia para todo cristiano comprender la doctrina de la soberanía de Dios.

5. La historia de Nabucodonosor

Buscando en las Escrituras una definición concisa de la soberanía divina, es sorprendente aprender que una de las mejores definiciones no se encuentra en el Nuevo Testamento, ni en la pluma del apóstol Pablo, ni la tenemos en Moisés en su Ley y tampoco en alguno de esos grandes profetas como Isaías o Jeremías. Una de las definiciones más clara de la soberanía de Dios viene de los labios de un gentil, un pagano, un rey cruel, Nabucodonosor el rey de Babilonia. En el libro del profeta Daniel no encontramos, de parte de Nabucodonosor un reconocimiento de la soberanía de Dios expresado de mala gana, sino una expresión de adoración y alabanza:

Daniel 4:34-35

Al fin del tiempo, yo, Nabucodonosor, alcé mis ojos al cielo y mi razón me fue devuelta; bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre:

Su dominio es sempiterno; su reino, por todas las edades.

Considerados como nada son los habitantes todos de la tierra; él hace según su voluntad en el ejército del cielo y en los habitantes de la tierra; no hay quien detenga su mano y le diga: ¿Qué haces?.

Este reconocimiento de la soberanía de Dios, está hecho por un hombre que sabe más de la soberanía humana que cualquier persona. Entre los reyes de la historia, este rey es “*el rey*”

de reyes” (Daniel 2:37). Él es la **“cabeza de oro”** (Daniel 2:38). Al comparar el resto de los imperios del mundo con este reino, los primeros son descritos como ‘inferiores’ (ver 2:39-43). Cuando Daniel le habló a Beltsasar del reino de su padre, Nabucodonosor, describió la extensión de sus dominios:

Daniel 5:18-19

El Altísimo Dios, oh rey, dio a Nabucodonosor tu padre el reino y la grandeza, la gloria y la majestad. Y por la grandeza que le dio, todos los pueblos, naciones y lenguas temblaban y temían delante de él. A quien quería mataba, y a quien quería daba vida; engrandecía a quien quería, y a quien quería humillaba.

Nabucodonosor fue un hombre de un gran poder militar y político. Gobernó la nación (Babilonia) con muñeca de hierro y Babilonia dominó todos los poderes del mundo de aquellos días. Era el comandante que derrotó y destruyó Jerusalén y quien llevó cautivos a Babilonia, a la mayoría de los judíos. El pueblo de Judá parecía insignificante e impotente frente a este gran hombre, Nabucodonosor y en realidad lo eran. Pero el Dios de los judíos es el Único Dios verdadero y grande. Dios quiso demostrar Su soberanía en la historia y sobre todas las naciones de la tierra, trayendo a un sumiso Nabucodonosor a arrodillarse frente a Él y adorarle.

6. La proclamación

No hay doctrina más odiada por la persona mundana, ni verdad que haya sido más maltratada, que la grande y maravillosa, pero real, doctrina de la Soberanía del infinito Jehová.

Los hombres permitirán que Dios esté en todas partes, menos en su trono. Le permitirán formar mundos y hacer estrellas, dispensar favores, conceder dones, sostener la tierra y soportar los pilares de la misma, iluminar las luces del cielo, y gobernar las incesantes olas del océano; pero cuando Dios asciende a su Trono sus criaturas rechinan los dientes.

Pero nosotros proclamamos un Dios entronizado y su derecho a hacer su propia voluntad con lo que le pertenece, a disponer de sus criaturas como a él le place, sin necesidad de consultarlas. Entonces se nos maldice y los hombres hacen oídos sordos a lo que les decimos, ya que no aman a un Dios que está sentado en su Trono. Pero es a Dios en su Trono que nosotros queremos predicar. Es en Dios, en su Trono en quien confiamos”.

Sí, tal es la Autoridad revelada en las Sagradas Escrituras. Sin rival en Majestad, sin límite en Poder, sin nada, fuera de sí misma, que le pueda afectar.

Salmos 135:6

Todo lo que quiso Jehová, ha hecho en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos.

7. La soberanía de Dios y al responsabilidad humana

No obstante, vivimos en unos días en los que incluso los más “ortodoxos” parecen temer el admitir la verdadera divinidad de Dios. Dicen que reconocer la soberanía de Dios significa excluir la responsabilidad humana; cuando la verdad es que la responsabilidad humana se basa en la Soberanía Divina, y es el resultado de la misma.

Salmos 115:3

Y nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho.

En su soberanía escogió colocar a cada una de sus criaturas en la condición que pareció bien a sus ojos. Creó ángeles: a algunos los colocó en un estado condicional, a otros les dio una posición inmutable delante de él:

1 Timoteo 5:21

Te encarezco delante de Dios, del Señor Jesucristo y de sus ángeles escogidos, que guardes estas cosas sin prejuicios, no haciendo nada con parcialidad

...poniendo a Cristo como su cabeza:

Colosenses 2:9-10

Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad.

No olvidemos a los ángeles que pecaron. Dios previó que caerían y sin embargo, los colocó en un estado alterable y condicional, y les permitió caer, aunque Él no fuera el autor de su pecado.

Asimismo, Dios, en su soberanía colocó a Adán en el jardín del Edén en un estado condicional. Si lo hubiera deseado podía haberle colocado en un estado incondicional, en un estado tan firme como el de los ángeles que jamás han pecado, en uno tan seguro e inmutable como el de los santos en Cristo.

En cambio, escogió colocarle sobre la base de la responsabilidad como criatura, para que se mantuviera o cayera según se ajustase o no a su responsabilidad: la de obedecer a su Creador. Adán era responsable ante Dios (Dios es ley en sí mismo) por el mandamiento que le había sido dado y la advertencia que le había sido hecha. Esa era una responsabilidad sin menoscabo y puesta a prueba en las condiciones más favorables.

Dios no colocó a Adán en un estado condicional y de criatura responsable porque fuera justo que así lo hiciera. No, era justo porque Dios lo hizo. Ni siquiera dio el ser a las criaturas porque eso fuera lo justo, es decir, porque estuviera obligado a crearlas; sino que era justo porque Él lo hizo así.

Dios es soberano. Su voluntad es suprema. Dios, lejos de estar bajo una ley, es ley en sí mismo, así es que cualquier cosa que Él haga, es justa. Y ¡ay del rebelde que pone su soberanía en entredicho!

Isaías 45:9

¿Ay del que, no siendo más que un tiesto como cualquier tiesto de la tierra, pleitea con su Hacedor! ¿Dirá el barro al que lo modela: ¿Qué haces?

Además, Dios es Señor, como soberano colocó a Israel sobre una base condicional. Los capítulos 19, 20 y 24 de Éxodo ofrecen pruebas claras y abundantes de ello. Estaban bajo el pacto de las obras. Dios les dio ciertas leyes e hizo que las bendiciones sobre ellos, como nación, dependieran de la observancia de las tales. Pero Israel era obstinado y de corazón incircunciso. Se rebelaron contra Jehová, desecharon su ley, se volvieron a los dioses falsos y apostataron. En consecuencia, el juicio divino cayó sobre ellos y fueron entregados en las manos de sus enemigos.

Fue Dios, quien en el ejercicio de su soberanía, puso a satanás y a sus ángeles, a Adán y a Israel en sus respectivas posiciones de responsabilidad. Pero, en el ejercicio de su soberanía, lejos de quitar la responsabilidad de la criatura, la puso en esta posición condicional, bajo las responsabilidades que Él creyó oportunas; y, en virtud de esta soberanía, Él es Dios sobre todos. De este modo, existe una armonía perfecta entre la soberanía de Dios y la responsabilidad de la criatura. Muchos han sostenido equivocadamente que es imposible mostrar donde termina la soberanía de Dios y empieza la responsabilidad de la criatura. He aquí donde empieza la responsabilidad de la criatura: en la ordenación soberana del Creador. En cuanto a su soberanía, ¡no tiene ni tendrá jamás "terminación"!

Vamos a probar aún más, que la responsabilidad de la criatura se basa en la soberanía de Dios. ¿Cuántas cosas están registradas en la Escritura que eran justas porque Dios las mandó, y que no lo hubieran sido si no las hubiera mandado?

¿Qué derecho tenía Adán de comer de los árboles del jardín del Edén? ¡El permiso de su Creador (Génesis 2:16), sin el cual hubiera sido un ladrón! ¿Qué derecho tenía el pueblo de Israel a demandar de los egipcios joyas y vestidos (Éxodo 12:35)? Ninguno, sólo que Jehová lo había autorizado (Éxodo 3:22).

¿Qué derecho tenía Israel de matar tantos corderos para el sacrificio? Ninguno, pero Dios así lo mandó. ¿Qué derecho tenía el pueblo de Israel a matar a todos los cananeos? Ninguno, sino que Dios les habían mandado hacerlo. ¿Qué derecho tenía el marido a demandar sumisión por parte de su esposa? Ninguno, si Dios no lo hubiera establecido. ¿Qué derecho tuviera la esposa de recibir amor, atención y cuidados, ninguno, si Dios no lo hubiera esta-

blecido. Podríamos citar muchos más ejemplos para demostrar que la responsabilidad humana se basa en la Soberanía Divina.

He aquí otro ejemplo del ejercicio de la absoluta soberanía de Dios: colocó a sus elegidos en un estado diferente al de Adán o Israel. Los puso en un estado incondicional. En un pacto eterno, Jesucristo fue hecho su cabeza, tomó sobre sí sus responsabilidades y actuó para ellos con justicia perfecta, irrevocable y eterna.

Cristo fue colocado en un estado condicional, ya que:

Gálatas 4:4-5

Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos.

Hay una diferencia infinita: los hombres fracasaron, pero Él no fracasó ni podía hacerlo. ¿Quién puso a Cristo en este estado condicional? El Dios Trino. Fue ordenado por la voluntad soberana, enviado por el amor soberano y su obra le fue asignada por la autoridad soberana.

El mediador tuvo que cumplir ciertas condiciones. Había de ser hecho en semejanza de carne de pecado; había de magnificar y honrar la ley; tenía que llevar todos los pecados del pueblo de Dios en su propio cuerpo sobre el madero; tenía que hacer expiación completa por ellos; tenía que sufrir la ira de Dios, morir y ser sepultado.

Por el cumplimiento de todas esas condiciones, le fue ofrecida una recompensa:

Isaías 53:10-12

Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá descendencia, vivirá por largos días y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada.

Verá el fruto de la aflicción de su alma y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará sobre sí las iniquidades de ellos.

Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los poderosos repartirá el botín; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos y orado por los transgresores.

Había de ser el primogénito de muchos hermanos; había de tener un pueblo que participaría de su gloria. Bendito sea Su nombre para siempre porque cumplió todas esas condiciones; y porque las cumplió, el Padre está comprometido en juramento solemne a preservar para siempre y bendecir por toda la eternidad a cada uno de aquellos por los cuales hizo mediación su Hijo Encarnado. Porque Él tomó su lugar, ellos ahora participan del Suyo. Su

justicia es la Suya, su posición delante de Dios es la Suya, y su vida es la Suya. No hay ni una sola condición que ellos tengan que cumplir, ni una sola responsabilidad con la que tengan que cargar para alcanzar la gloria eterna.

Hebreos 10:14

Y así, con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.

He aquí pues que la soberanía de Dios es expuesta claramente ante todos en las distintas formas en que Él se ha relacionado con sus criaturas. Algunos de los ángeles, Adán e Israel fueron colocados en una posición condicional en la que la bendición dependía de su obediencia y fidelidad de Dios. Pero, en marcado contraste con estos, a la “manada pequeña” le ha sido dada una posición incondicional e inmutable en el pacto de Dios, en sus consejos y en su Hijo; su bendición depende de lo que Cristo hizo por ellos.

Lucas 12:32

No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el Reino.

2 Timoteo 2:19

Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: «Conoce el Señor a los que son suyos»...

8. Conclusión

El fundamento sobre el cual descansan los elegidos de Dios es perfecto: nada puede serle añadido, ni nada puede serle quitado:

Eclesiastés 3:14

Sé que todo lo que Dios hace es perpetuo: Nada hay que añadir ni nada que quitar. Dios lo hace para que delante de él teman los hombres.

He aquí, pues, el más alto y grande exponente de la absoluta soberanía de Dios. En verdad, Él...:

Romanos 9:16-18

Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia, porque la Escritura dice al faraón: «Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra». De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece.

Dios no podría llevar a Su creación hacia el final que Él ha dispuesto si no ordenara todas las cosas para que ese final se de. No es que Él tenga conocimiento anticipado de los eventos, que lo tiene, es que ¡Él es soberano para ordenarlos! Ese hecho quedó documentado cuando, en una visión, Juan vio el salón del trono en los cielos y allí estaban seres angelicales, Dios sentado en Su trono y el Cordero inmolado. En un momento dado, el que estaba sentado en el trono entregó con su mano derecha un rollo que contenía el detalle de todos los eventos que acontecerían en la era posterior a la cruz. En ese libro estaba documentado

Su decreto, el destino de la creación y del ser humano. Jesús, el perfecto ejecutor de la voluntad del Padre, tomó el libro y procedió a abrirlo, dando así inicio a la serie de acontecimientos ordenados por el Padre que culminarían en el fin y en el nuevo principio. Así lo narró Juan:

Apocalipsis 5:7-14

Él vino y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono. Cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero. Todos tenían arpas y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos. Y cantaban un cántico nuevo, diciendo:

«Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos, porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje, lengua, pueblo y nación; nos has hecho para nuestro Dios un reino y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra».

Miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, de los seres vivientes y de los ancianos. Su número era millones de millones, y decían a gran voz:

«El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza».

A todo lo creado que está en el cielo, sobre la tierra, debajo de la tierra y en el mar, y a todas las cosas que hay en ellos, oí decir:

«Al que está sentado en el trono y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos».

Los cuatro seres vivientes decían: «¡Amén! ». Y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos.

Basado parcialmente en el artículo de Bob Deffinbaugh “La soberanía de Dios en la historia” y en el libro de Arthur W. Pink “Los atributos de Dios”
Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995